

con los creadores de imaginaciones —los artistas.

La técnica trae consigo dos preocupaciones fundamentales: la tiranía del placer es sustituida por la atención al bien; y el avance racional sustituye a los tanteos ciegos.

La técnica es nada menos que la posesión de la inteligencia. No hay técnica sin inteligencia, sin sentido de proporción y armonía que la haga producir obras maestras. Desde luego, se halla, en lo más profundo de la técnica, una raíz de moralidad. Pues la técnica implica razón y bien. Valiosa en cuanto poder de hacer, no adquiere valor definitivo más que con el valor que resulta de haber sido bien empleada.

El valor de la técnica, o sea, de su resultado, está sometido al hecho de que pueda satisfacer a lo que se le pide. Aunque existiera —dice Platón— una ciencia capaz de convertir a alguien en inmortal, no tendría utilidad alguna si no supiera hacer uso de esa inmortalidad.

Por otra parte, toda acción fecunda requiere un saber. Así como el deber de que los ciudadanos estén bien calzados corresponde a la técnica del zapatero, el deber de instaurar la justicia corresponde a la técnica política.

Pero ¿podrá alguna vez buscar la Política su inspiración en la técnica? La inspiración tiene que venir de la percepción de la Idea, para poder reproducirla en las instituciones. Esta es la diferencia entre los sofistas y Platón.—
A. S. de A.

SOLERI (Giacomo): *Il «Nous» aristotelico e le sue interpretazioni*, en «Sophia». Rassegna critica di Filosofia e Storia della Filosofia, anno XXIII, núm. 3-4, julio-diciembre 1955, Padova, págs. 281-288.

La pretensión es ordenar algunos puntos críticos para entender esta cuestión difícil.

Los textos aristotélicos, siempre que no se fueren —como con frecuencia se ha hecho— admiten, e históricamente las han admitido, estas dos interpretaciones para el problema del «Nous»: monismo y pluralismo. No son soluciones propiamente, pues cada una de ellas tiene sus matices propias en los diver-

sos representantes, sino más bien raíces de soluciones. Soleri analiza, previamente a exponer su solución propia, estas dos vías de solución.

En primer lugar, el monismo, que ha sido sostenido por Alejandro de Afrodisia, Temistio y, en general, por toda la escuela de Alejandría. Entre los medievales destaca, tanto por su propio interés, como por su influencia, Averroes, que luego cristalizó en Siger de Brabante. Y, por último, en la actualidad ha sido entendido así por ilustres historiadores, Zeller y Hamelin, entre otros. En segundo lugar, la línea pluralista, con no menos ilustres representantes: Teofrasto y Ammonio, Santo Tomás entre los medievales, y entre los modernos, Tredelenburg, Brandis, etc.

Ambas corrientes tropiezan en el mismo obstáculo. Por reclamar una directa fundamentación textual fuerzan la letra para hacerla encajar en su propósito. El pretende otra cosa: analizar directamente los textos, encajados en su contexto, y con ello sopesar las razones que hay para interpretar la letra en uno u otro sentido.

De este análisis resulta que para Aristóteles hay efectivamente una unidad en el hombre, pero unidad de un compuesto. De ella es el intelecto (*nous*) el elemento unificante. Hasta aquí lo que explícitamente dice. Pero—y ahí está la discrepancia de los intérpretes— ¿debe entenderse esta unidad operativa u ontológicamente? Los partidarios del monismo se inclinan hacia el sentido ontológico, al que habría que añadir, además, el operativo. Los pluralistas sólo consideran posible esta última forma de unidad.

Soleri insiste en que Aristóteles no sólo no da la solución, sino que ni tan siquiera plantea el problema. Los argumentos a favor de una u otra tesis son indirectos, pero, dicho esto, cabe discutirlos. Desde esta perspectiva al autor le parece más conforme, con el sentir de Aristóteles, la solución pluralista. Así lo hacen presumir, entre otras razones, la tendencia aristotélica a negar el universal abstracto subsistente y separado, su modo de explicar el proceso cognoscitivo, su formación naturalista, etc. Así, la solución apuntada no pretende hacer decir a los textos más de lo que dicen, sino que los completa conjeturalmente desde la totalidad de la doctrina.—M. R.